

LOS MARGINALES DE LA VI SECCION

por GERARD PETITJEAN

A primera vista, no tiene nada de revolucionario: se cambia el nombre de la VI sección de la Escuela Práctica de Altos Estudios que se convierte en Escuela de los Altos Estudios en Ciencias Sociales (E.H.E.S.S.). Abandona su hotel particular de la calle de Varennes, a dos pasos del Hotel Matignon, para instalarse en el boulevard Raspail. Se le da un estatuto que le permitirá elegir un consejo de gestión al igual que cualquier otra universidad, y utilizar su dinero con un poco más de flexibilidad. Algunas promesas de créditos suplementarios, y plazas para profesores permitirán a la nueva escuela irse agrandando razonablemente a lo largo de los años... Un decreto, pues, aparentemente semejante a las decenas que atestan el muy severo *Boletín Oficial de la Educación Nacional*.

A primera vista... pues, si se mira de más cerca, son unos extraños corderos los que han venido a formarse bajo el báculo clemente de la universidad tradicional. La VI sección de la Escuela Práctica de Altos Estudios, es a la vez Raymond Aron y Pierre Bourdieu, Roland Barthes y Fernand Braudel, Paul Henry Chombart de Lauwe y Jacques Guillermez, Ernest Labrousse y Jacques Lacan, Jacques Le Goff y Claude Lévi-Strauss, Charles Morazé y Gaëtan Picon, Alfred Sauvy, Alain Touraine o Pierre Vidal-Naquet; sin mencionar a aquellos cuyas firmas son familiares para los lectores del *Nouvel Observateur*: Jean Paul Aron, Francois Furet, Emmanuel Le Roy Ladurie, Jacques Ozouf o Denis Richet. Ciento dieciocho directores de estudios lanzados, junto con sus asistentes y encargados de conferencia, en todas las direcciones de la investigación más sobresaliente en las ciencias sociales. Unos franco-tiradores. "No impugnadores, la palabra sería inexacta. Somos más bien unos marginales de la investigación, unas personas que trabajan fuera de la delimitación tradicional de las disciplinas universitarias", precisa Jacques Le Goff, reputado

especialista en historia medieval y presidente, desde hace dos años, de la VI sección. Y añade: "La marginalidad es a veces una regia vía de enfoque para el investigador..."

UNA MARAVILLOSA LIBERTAD

Esta marginalidad, es la razón de ser de una escuela fundada en 1868 por un ministro de la Instrucción pública, Victor Duruy, que estimaba que Francia debía, urgentemente, ponerse al tanto en algunas áreas en las que el vecino prusiano parecía esmerarse bastante mejor que ella. Duruy había decretado que no habría cursos magisteriales, sino investigación y seminarios para confrontar opiniones. La Universidad no estaba dispuesta a seguir el movimiento, había que crear una escuela nueva. En 1947, es un historiador, Lucien Febre, quien toma el relevo. Se opone al enclaustramiento de las disciplinas que, sobre todo en historia, impide toda investigación en una nueva dirección. Por tanto crea esa VI sección de las "ciencias económicas y sociales" que, bajo su dirección, y luego la de Fernand Braudel y, desde 1972, de Jacques Le Goff, va a proliferar al punto de rebasar en número, tan sólo ella, a todas las demás secciones de la escuela.

Hay una sola condición para enseñar ahí: tener un valor científico reconocido por el conjunto de los directores de estudio —aun fuera de cualquier título universitario— e ideas de investigación originales. Un laxismo aparente en relación a las universidades, que exigen de todo titular de cátedra un doctorado de Estado. "De hecho, dice Jacques Le Goff, no tener un criterio definido significa que debemos constantemente defender nuestro nivel. Debemos justificar permanentemente nuestra calidad. Bueno o malo, un universitario siempre tendrá público: concede diplomas. Nosotros no. Preparamos a nuestros estudiantes para el doctorado de tercer ciclo pero, por el momento, no

lo otorgamos. Es una maravillosa libertad la de no tener que plegarse más que a sus propios programas.”

La reforma anunciada por Jean-Pierre Soisson, secretario de Estado de las Universidades, permitirá a la futura Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales otorgar, en un futuro próximo, diplomas de tercer ciclo. Pero elaborará sus propios criterios: reunir un jurado para juzgar los trabajos de un alumno de la Escuela Práctica es a veces todo un reto. ¿A quién se confiará, por ejemplo, la tesis de un joven investigador que analizaba los cuentos folklóricos contenidos en el Antiguo Testamento a partir de los textos de un exégeta bíblico alemán de finales del siglo XIX? ¿A un germanista? ¿A un historiador de las religiones? ¿A un especialista de las culturas populares?

Roland Barthes, que desarrolla desde hace varios años una disciplina que él ha creado, la semiología, afronta las mismas dificultades: “No estamos insertos en el esquema universitario tradicional. Abarcamos a la vez la lingüística, la sociología del conocimiento, la estética. Esta es la razón por la que un gran número de tesis aquí realizadas son indefinibles. Nos topamos constantemente con el malestar que suscita el espectro interdisciplinario cuando se le confronta al esquema disciplinario clásico”.

Es por no fijarse en fronteras que Barthes hizo conocer la semiología, que Francois Furet desarrolló un nuevo sector de la investigación histórica, al tratar de calcular el impacto sobre una población de un fenómeno cultural como el libro o la alfabetización, que Alain Touraine exploró la sociología de los movimientos sociales. “Lo que nos interesa, resume Jacques Le Goff, no son las disciplinas. Son los problemas.”

EL ANTIGUO SISTEMA

En el espíritu del Secretario de Estado, la futura Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales debería ser una especie de prototipo. “Los hombres de calidad, los tenemos, se dice en los medios allegados a Jean-Pierre Soisson. Pero podemos mejorar los métodos. No se trata de una operación de rescate. Queremos que las universidades contribuyan al servicio de la nación. Y que la opinión tome conciencia de que esas investigaciones son importantes.” Loables intenciones. Los gobiernos anteriores habían dado frecuentemente muestras de no saber qué hacer con sus universidades.

“Pero, corrige Alain Touraine, hay que situar los límites de la operación. La Escuela Práctica de Altos Estudios debe su éxito a un sistema de gobierno que permite efectuar elecciones, tomar riesgos, iniciativas intelectuales. Las universidades, actualmente, son unas instituciones ciegas, incapaces de prever. Además, desarrollar un área de la vida intelectual no depende únicamente de las instituciones. La sociedad francesa debe tomar la determinación de dirigir sobre sí misma una mirada intelectual y científica. Tiene que estar a la vez interesada en su porvenir y consciente de que éste es abierto e indeterminado. Pero esa sociedad se siente irresponsable. Mientras se explique todo por la crisis de la energía, no se harán ciencias sociales.

“Finalmente, la investigación es inseparable de la enseñanza. Somos sin duda unos marginales pero somos también sub-productos del antiguo sistema. Si el país no se forja urgentemente una imagen del tipo de educación que quiere impartir, no habrá ya ninguna investigación en Francia en una o dos generaciones. Una de las tareas de la Escuela es la de reflexionar sobre esto... ¡Si quiere contribuir a su propia sobrevivencia!”

Se podría añadir que no vemos cómo unas universidades reducidas a la miseria podrían hallar las fuerzas necesarias para efectuar la transformación que hoy se les exige.

“Les Marginaux de la VIe Section”

LE NOUVEL OBSERVATEUR No. 522, noviembre 11 de 1974.

